

gos de próximos desplomes. Jóvenes todos, sabíamos de profetas anunciadores de doctrinas nuevas y aguardábamos, en ansias indecisas, la redentora estrella de los Magos. Alguien empujó la puerta, y se coló un cuerpo inquieto, que giró en nuestro cuarto como una febril mariposa que tuviese las alas invisibles: ¡Gerardo de Nerval! El jefe de la leva!..... ¿De modo que era cierto?..... ¿De modo que muy pronto sería ese gran golpe?..... ¿Y nadie nos mediría ya los colores de nuestra paleta, ni nos obligaría á recortar hemistiquios?..... “Vamos, poltrones, arriba!..... A las armas todo ilota, todo irlandés, todo polaco que aborrezca los grillos de la opresión! Levantáos, ¡oh jóvenes! que os consumís en la pira de vuestras ambiciones de libertad y gloria!.....” Y recibimos nuestra roja filacteria que decía *hierro* en letras clarineantes. Ese *hierro* en lengua hispánica reclamaba de nosotros energías y sublimidades numantinas. Había que luchar con un horrible trasgo de uñas letales: la Tradición. Teníamos que despertar en nosotros al caballero de Viyar.

EL EFEBO.

—Perdonadme, señor, que os interrumpa. Puesto que ese gerardo de Nerval os registraba en las filas de la sedición, había ya sin duda un cuerpo organizado.....

EL JOVEN PÁLIDO.

—En un granero miserable, tendidos en el entarimado—butacas, imposible!— pintores, poetas, estatuarios, músicos, arquitectos, jóvenes todos y todos nimbados con el rosa de la esperanza y del sueño, juntábanse á charlar de futuras semillas en surcos abonados con sangre. Eran cachorros que limaban sus garras y afilaban el diente.

Gerardo de Nerval, original, nervioso, callejero, siempre versátil, era un poeta-colibrí. “Nuestro Restif de la Bretonne,” decía un camarada.

Teófilo Gautier, raptor del iris. Pintor

primero, su paleta era un Oriente; luego poeta, y su tintero fué un volcán adorable, que estallaba á la continua en erupción de colores.

Juhan de Seigneur encajaba una *h* anacrónica, para dar visos viejos á la vulgaridad de su nombre. Con trajes de estilo arcaico, se hacía la ilusión de rastrillos y puentes levadizos. Era el escultor de la banda.

José Bouchardy se valía de su tostada piel morena y de sus ojos brahamánicos para fingir chacalescas ferocidades de desierto. Era autor dramático, y en sus obras había que penetrar, con un hilo en la mano, al igual del Laberinto de Creta.

Celestino Nauteuil paseaba su rostro efé-bico; su rostro de capullo humano, de diez y nueve primaveras, deslizándose al andar, como, entre nubes, las figuras ideales de Fra Angélico, ó como, con las alas del ritmo, una estrofa virginal de Edmundo Spenser. En la gestación de nuestros huracanes, cayó entre nosotros ese rayo bonancible: seráfica figura desprendida de los cielos de Milton.

Petrus Borel—notad bien ese nombre: Petrus—de aires de castellano español, sudaba la hidalguía y el honor tozudo á través de las mallas de su capa terciada. Con su cara de prior hecho soldado, gravemente heroico, nos arrastraba. Tuvo mando de jefe.

Julio Vabre parecía á las primeras tan serio como un padre del yermo; mas, exprimiendo su sociedad, goteaba el zumo rabelaisiano, el líquido picante de una ironía grotesca que le humedecía los ojos de malicia. Vabre adoró á Shakespeare como al único Dios; y, ante esa inmensidad del orbe cerebral, cayó de rodillas, absorto, fundido en la genial adoración, como un yogui del Ganges. Murió en monjil sacrificio, macerado asceta, retirado en la Tebaida brumosa de la Albión.

Fueron tantos!..... Incontables! Y allí, en aquel desván, cada uno de nosotros se